



El lado oscuro del movimiento obrero argentino. Claves para una historia social de los rompehuelgas (Buenos Aires, principios del siglo XX)

SABRINA ASQUINI
Universidad de Buenos Aires
sabrina.asquini@gmail.com

WALTER L. KOPPMANN
Universidad de Buenos Aires – CONICET
Lateinamerika-Institut (LAI) – Freie Universität Berlin
walter.koppmann@conicet.gov.ar

Resumen: En este artículo nos preguntamos por un sector específico del colectivo de trabajadores: aquel que no solo se mantuvo al margen de las luchas del movimiento obrero argentino sino que, además, las enfrentó. La composición de los rompehuelgas no era homogénea y su acción respondía a motivaciones de distinto tipo: ideológicas, políticas, económicas, religiosas, morales, o bien una mezcla de todas ellas. El campo de intervención del llamado “crumiraje” no estuvo exento de presiones por parte de la patronal o de otros actores sociales; en su interior, convivieron formas más o menos autónomas con estructuras más organizadas, especialmente cuando se afectaban las actividades agroexportadoras. A pesar de la importancia que tuvieron las acciones anti huelguísticas, su abordaje por parte de la historiografía ha sido prácticamente nulo hasta el momento. Se propone, entonces, trazar un cuadro de conjunto y proponer una serie de puntos hacia adelante.

Palabras clave: movimiento obrero, rompehuelgas, trabajadores, Argentina

Recibido: 20 de octubre de 2022. **Aprobado:** 15 de diciembre de 2022.



“¡Guerra pues a la panadería ‘La Princesa’!
 Que ningún obrero panadero vaya a trabajar a esa casa.
 Que nadie compre pan a esa panadería. [...]”
 ¡Guerra a los traidores! ¡Viva el compañerismo!”¹

“He mirado esas frentes humilladas
 donde se alberga el miedo,
 y he pensado si habrá mujer alguna
 que se ampare en sus pechos [...]”
 que al brindarle sus besos,
 pueda apartar de su ánimo la idea
 de que besa a un ‘carnero’”²

Escribir una historia de los rompehuelgas supone reconstruir las tramas y relaciones de quienes, al haberse colocado por fuera de la organización gremial y enfrentado las luchas colectivas, también quedaron marginados de la propia historia de la clase obrera.³ O, al menos, de sus historias más conocidas. Por eso la bibliografía sobre este tema, si bien no inexistente, tampoco abunda. Coincidiendo con lo señalado por Arthur McIvor, uno de los problemas al analizar el universo de los rompehuelgas es que se trata de un tópico con alto valor emocional, de lo cual se deriva que mucha de la evidencia sea parcial e incluso de difícil acceso. A su vez, este alto grado de *emotividad* implica que el fenómeno se vuelva un tema historiográfico especialmente abierto a la distorsión, el sensacionalismo y la propagación de mitos, tanto por parte de trabajadores como de empleadores.⁴

Una de las principales fuentes para el estudio de los rompehuelgas fueron las relaciones laborales en los Estados Unidos durante los siglos XIX y XX. En efecto, al tratarse de un país geográficamente extenso y con una potente economía capitalista, el despliegue de ciudades industriales trajo aparejado la

¹ *La Organización Obrera*, enero 1902.

² Poema de la socialista Sara Justa Meyer escrito en 1906 durante la huelga de la Fábrica General de Fósforos, citado en Héctor Recalde, *La iglesia y la cuestión social (1874-1910)* (Buenos Aires: CEAL, 1985), 87.

³ Sabrina Asquini agradece al Centre for Latin American Research and Documentation (Universiteit van Amsterdam), que hizo posible este trabajo gracias al financiamiento de la beca Slicher van Bath de Jong Foundation. Walter Koppmann agradece a la Alexander von Humboldt Stiftung, que financió la presente investigación mediante una beca Georg Forster Postdoctoral Fellow, radicada en el Lateinamerika-Institut, FU Berlin.

⁴ Arthur J. McIvor, “Employers’ Organisation and Strikebreaking in Britain, 1880-1914”, *International Review of Social History*, (1984): 1-33.

formación de una extensa clase obrera, propensa a los movimientos huelguísticos y a la acción sindical. En una primera instancia, sitios laborales como los yacimientos mineros representaron los laboratorios donde se ensayaron distintas estrategias patronales para quebrar los conflictos obreros.⁵ A fines del siglo XIX, los grupos armados de choque contra los huelguistas eran el recurso clásico del cual se valían los propietarios para desarticular la organización sindical y liquidar los movimientos de lucha; en menor medida, se infiltraban “provocadores” y agentes encubiertos en las filas obreras. Como es dable imaginar, esta clase de respuesta patronal precipitó verdaderas guerras en el mundo del trabajo, donde los enfrentamientos dejaban tendales de muertos y heridos, incluyendo a las familias de los huelguistas. Para contrarrestar esta acción, los trabajadores formaron agrupamientos secretos y desencadenaron acciones vengativas contra los capataces y sicarios patronales; una de las sociedades conspirativas más famosas, en este plano, fueron los Molly Maguire, que actuaban en las explotaciones mineras de Estados Unidos.⁶

Cuando los grupos armados privados no lograban perforar la resistencia obrera, el siguiente recurso al cual acudían los capitalistas eran las tropas regulares del ejército y/o la policía. La conmoción social que provocaban las cruentas batallas entre huelguistas y crumiros afectaba sobremanera a las comunidades locales, lo cual comenzó a reflejarse en el creciente rechazo de la opinión pública frente a estas prácticas. La clase propietaria, entonces, se vio forzada a perfeccionar sus estrategias represivas tornando más sutiles los métodos de intervención y comenzando a poner el énfasis, junto con las empresas y el Estado, en la defensa de la “libertad de trabajo”; de igual modo, los trabajadores organizados defendían la “libertad sindical”. Con el correr del tiempo, agencias de rompohuelgas se extendieron a escala nacional, pudiendo llegar a movilizar miles de individuos a cambio de altísimas sumas de dinero que abonaban las empresas para liquidar las huelgas. Entre la masa de rompohuelgas se alternaban vagabundos, desempleados, obreros retirados y, también, trabajadores calificados, muchas veces reacios a la disciplina industrial del capitalismo norteamericano.

Ahora bien, ¿por qué los capitalistas preferían recurrir a los servicios costosísimos de las agencias privadas antes que aceptar los –muchas veces– módicos reclamos obreros? Fundamentalmente, se trataba de contener el

⁵ Una detallada reconstrucción histórica de las formas sucesivas que fue asumiendo la organización de los rompohuelgas en Estados Unidos puede leerse en Robert Smith, “The Business Community’s Mercenaries: Strikebreakers and Union Busters”, en *The Encyclopedia of Strikes in American History*, ed. Aaron Brenner, Benjamin Day, and Immanuel Ness, (Armonk: ME Sharpe, 2009), 92-105.

⁶ Sobre los “Molly Maguire”, véase Sidney Lens, *Strikemakers & Strikebreakers* (New York: Lodestar Books, 1985).

impulso a la organización sindical y, de esta forma, arrancarla de raíz. Sea por la fuerza de la violencia, sea por el reemplazo de operarios, la acción de estas agencias demostraba ser efectiva a tal punto que, luego de intervenir, y por un largo periodo, los trabajadores se veían disuadidos de tomar nuevas iniciativas. El siguiente y último eslabón de esta cadena represiva era el espionaje laboral, que asumió proporciones superlativas a partir de los años de la Gran Depresión.⁷ Mediante la colaboración con las empresas, las reconvertidas agencias de rompehuelgas infiltraron agentes en los lugares de trabajo con el objetivo de prevenir los paros de actividades y espiar la actividad sindical.

Dentro de la literatura académica sobre la actividad de los rompehuelgas, otros aportes significativos provinieron de los países europeos industrializados en el período comprendido entre fines del siglo XIX y el inicio de la Primera Guerra Mundial. Aquí se destaca el artículo ya citado de Arthur McIvor, donde se vincula el desarrollo de las organizaciones patronales en Gran Bretaña con el avance y perfeccionamiento de las estrategias y tácticas anti huelguísticas, ofreciendo un abanico de casos históricos y sugestivas hipótesis para analizar el fenómeno. Investigando el caso de Barcelona a comienzos del siglo XX, Juan Cristóbal Marinello Bonnefoy abordó las principales características del *esquirolaje*, analizando la actuación de rompehuelgas, sus motivaciones y la construcción de una figura extremadamente negativa para el movimiento organizado; también se detuvo en los debates entre empresarios y sindicalistas sobre la “libertad de trabajo” y el derecho a huelga.⁸ Otro aporte reciente es el dossier coordinado por Matteo Millan, donde se investigan diferentes casos nacionales durante la *belle époque* europea. Desde esta perspectiva, se afirma que las confrontaciones cotidianas entre trabajadores sindicalizados y rompehuelgas permiten, en primer lugar, echar luz sobre por qué la violencia se tornó un medio de acción legítimo y, en segundo término, profundizar la indagación sobre cómo se reconfiguraron las disputas laborales y cuáles eran los desafíos desde el punto de vista de las autoridades estatales.⁹

Con una perspectiva global y exploratoria, Marcel van der Linden estudió las acciones antisindicales por parte del empresariado, identificando diferentes iniciativas en el terreno de la provisión de rompehuelgas, el espionaje y la construcción de organizaciones sindicales afines o “amarillas”. El autor destacó, por un lado, la contradicción entre la importancia del tema y la escasa atención que concitó en la historiografía; por el otro, que los sindicatos

⁷ Véase Jacques Bergier, *L'espionage industriel* (Paris: Hachette, 1969).

⁸ Juan Cristóbal Marinello Bonnefoy, “Traidores. Una aproximación al esquirolaje en la provincia de Barcelona, 1904-1914”, *Ayer*, 88 (2012): 173-194.

⁹ Matteo Millan, “Introduction: Strikebreaking During Europe’s Belle Époque”, *European History Quarterly*, 49 (2019): 553-569.

amarillos fueron proyectos riesgosos, asumidos por las patronales como un último recurso para enfrentar a las organizaciones sindicales.¹⁰ Finalmente, con una fuente poco habitual que reproduce la voz de un obrero que actuó como rompehuelgas a comienzos de la década de 1980, Camilo Santibañez Rebolledo investigó la reestructuración laboral del puerto chileno de Valparaíso en 1981. En el relato, se expresaban diversas tensiones generadas al interior del colectivo obrero y se podía apreciar la existencia de resentimientos profundos entre una parte de los trabajadores y la organización sindical debido a la aplicación que hacía esta última de los sistemas rotativos de asignación de empleo.¹¹

En la Argentina del cruce entre los siglos XIX y XX, las estrategias patronales para romper las huelgas asumieron contornos mucho más modestos, si bien, como veremos, no dejaron de perfeccionarse y ampliarse a medida que fue desplegándose el campo de acción del movimiento obrero. A su vez, en los últimos años cobró impulso la historiografía sobre las iniciativas organizativas y represivas de las derechas y la clase capitalista, evidenciando un creciente interés por el tema.¹² Los nuevos aportes se sumaron a los trabajos clásicos sobre la Liga Patriótica y la Asociación del Trabajo, más allá de las menciones aisladas sobre rompehuelgas que aparecían en las distintas historias sobre colectivos obreros.¹³ Sin embargo,

¹⁰ Marcel van der Linden, "Sweet and Subversive Stuff: An Exploratory Survey of Yellow Unions", *Historical Studies in Industrial Relations*, 43 (2022): 25-53.

¹¹ Camilo Santibañez Rebolledo, "La clase más baja del sindicato': nota de investigación sobre los pincheros en el puerto de Valparaíso (1967-1981)", *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, 17 (2020): 96-119.

¹² Mercedes F. López Cantera, "Definiendo estrategias para el enemigo: de la acción preventiva a la ofensiva anticomunista. El Estado y la Sección Especial (1930-1943)", *Colección*, 32 (2021): 89-128; Ernesto Bohoslavsky y Marina Franco, "Elementos para una historia de las violencias estatales en la Argentina en el siglo XX", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 53 (2020): 206-228; Marina Franco, "El estado de excepción a comienzos del siglo XX: de la cuestión obrera a la cuestión nacional", *Avances del Cesor*, 16 (2019): 29-51; Martín Albornoz y Diego Galeano, "Anarquistas y policías en el atlántico sudamericano: una red transnacional, 1890-1910", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 47 (2017): 101-134; Viviana Barry, "Usos policiales para la represión política en las primeras décadas del siglo XX", *Foro "Las formas de la violencia estatal en la Argentina del Siglo XX"*, *Historia política*, (2019): 101-122.

¹³ Véase Sandra McGee Deutsch, *La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile. 1890-1939* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2005) y *Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1999); María Ester Rapalo, *Patrones y obreros. La ofensiva de la clase propietaria, 1918-193* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2012); José María Caterina, *La Liga Patriótica Argentina: un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del veinte* (Buenos Aires: Corregidor, 1995).

el problema de quienes no adherían a las protestas en el mundo del trabajo, así como las condiciones que rodeaban su actividad, continúa siendo prácticamente un nicho inexplorado. Una excepción importante es el reciente artículo de Agustín Nieto sobre la figura del rompehuelgas en las comunidades portuarias del sur de la provincia de Buenos Aires.¹⁴ Este autor analiza la presencia real y simbólica de estos sujetos disidentes en un colectivo obrero particular a partir de dos momentos: durante el periodo de entreguerras y en las décadas de 1950 y 1960.

En términos globales, dado que la existencia de “traidores” podía determinar tanto la victoria como la derrota de un movimiento, debería llamarnos la atención la reiterada omisión de esta figura en las historias del mundo del trabajo (pues constituye un problema como tal). Desde esta perspectiva, es precisamente esta omisión la que amerita indagar al colectivo de rompehuelgas en su carácter de fenómeno social. Contrariamente a su importancia estratégica en el mundo laboral, la presencia de rompehuelgas fue referida tan solo de forma episódica en las primeras elaboraciones sobre la historia del movimiento obrero argentino; conocidas como las historias militantes, fueron escritas por sus principales protagonistas.¹⁵ En este punto, podríamos afirmar que existió una omisión deliberada de aquellos sujetos que no se adhirieron a las protestas aunque sí, no obstante, los historiadores militantes señalaron algunas intromisiones “externas” (a la clase), como pudieron ser, por ejemplo, la provisión de rompehuelgas en los puertos de Buenos Aires y Rosario por los Círculos de Obreros católicos en 1901 o las acciones de la Asociación del Trabajo y la Liga Patriótica Argentina en la segunda y tercera década del siglo. Esta ausencia cumplió, a nuestro juicio, una doble función: por un lado, buscó realzar el rol protagónico y heroico de quienes se organizaban sindical y políticamente para mejorar su condición de clase; por el otro, intentaba minimizar las diferencias al interior del colectivo obrero y los efectos de la acción patronal sobre la dinámica de organización proletaria. En esta dirección, los aportes posteriores dentro del campo historiográfico sobre el movimiento obrero tendieron a subvalorar –y hasta invisibilizar– la acción de este sujeto tan relevante.

Este artículo realiza un abordaje sobre las principales dimensiones que deben tenerse en cuenta al analizar la presencia y actividad de rompehuelgas en

¹⁴ Agustín Nieto, “Rompehuelgas: sus lugares en las comunidades portuarias”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, 17 (2020): 9–37.

¹⁵ Por nombrar las más conocidas: Sebastián Marotta, *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo*, 3 tomos, (Buenos Aires: Ediciones Lacio, 1960, 1961 y 1970); Jacinto Oddone, *Gremialismo proletario argentino* (Buenos Aires: La Vanguardia, 1949); Rubens Íscar, *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino* (Buenos Aires: Anteo, 1958); Diego Abad de Santillán, *La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento revolucionario en la Argentina* (Buenos Aires: Amarres, 2005).

Argentina durante las primeras décadas del siglo XX. Diferentes preguntas orientaron la indagación: ¿quiénes eran los llamados “traidores”? ¿Se trataba solamente de trabajadores manipulados por las patronales, sin agencia individual ni conciencia colectiva? ¿Estos obreros enfrentaban todas las huelgas o solo algunas? Lo cual nos lleva a plantear un aspecto central: ¿cuáles eran sus motivaciones para ignorar e, incluso, desafiar las medidas planteadas por el sector organizado de la clase? Preguntas similares podríamos formular frente a los informantes y espías: ¿quiénes eran? ¿Qué llevaba a un trabajador a dar información o espiar a militantes y organizaciones obreras? ¿Qué formas de contención encontró por parte de los huelguistas? Para responder estos interrogantes se utilizaron fuentes primarias, provenientes de la prensa comercial, los periódicos políticos y gremiales; bibliografía especializada sobre la vida cotidiana de los trabajadores en la ciudad de Buenos Aires; algunas fuentes de procedencia patronal y estatal; y los pocos aunque significativos aportes historiográficos al respecto.

Rompehuelgas en los lugares de trabajo: de la espontaneidad a su organización

Rompehuelgas, crumiros, esquiroles, carneros, traidores, *scabs*, *black-legs*, *Streikbrecher*, *briseurs de grève*...¹⁶ En una mirada retrospectiva, la función de los rompehuelgas como tales comienza a emerger poco tiempo después de la formación inicial de la clase trabajadora moderna. De igual manera en que esta resultó un producto del capital en tanto relación social que se alimenta de la explotación del trabajo asalariado, podríamos afirmar que la actividad y posterior organización de ciertos trabajadores contra determinadas huelgas y colectivos obreros acompañó el desarrollo general de las relaciones sociales capitalistas y los fenómenos modernos de crecimiento urbano y evolución industrial creciente, los cuales tuvieron un epicentro en ciudades-puerto como Buenos Aires, Nueva York, Liverpool o Shanghái a comienzos del siglo XX, creando grandes áreas metropolitanas demandantes de amplios flujos de fuerza de trabajo masculina.¹⁷

¹⁶ Puede aparecer como *krumiro*. Se trata de una categoría nativa que, según el *Diccionario de americanismos (2010) de la Asociación de Academias de la Lengua Española*, refiere al individuo que “contradice a sus compañeros trabajando u ofreciéndose a trabajar durante una huelga laboral”. En las páginas del *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, el inspector Antonio Rouco Oliva lo consideraba el término más extendido en el medio local. *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, (44) 1920: 11.

¹⁷ Pablo Ben “Global Modernity and Sexual Science. The Case of Male Homosexuality and Female Prostitution, 1850-1950”, en *A Global History of*

Si se analiza el fenómeno más de cerca, resalta algo obvio: para la clase explotadora *siempre* fue una preocupación (y una motivación) el forzar a la clase oprimida a consentir las condiciones generales de explotación del régimen imperante. Ahora bien, en muchos casos, los trabajadores lograron organizarse de forma exitosa y, bajo determinadas razones y circunstancias, consiguieron imponerse frente al despotismo patronal-gerencial, ya sea estableciendo mejores condiciones de explotación o venta de su fuerza laboral o bien, en muchos otros casos, sosteniendo o evitando que el panorama empeorase. Todo esto no implica que, en cualquiera de estas situaciones, la presencia de trabajadores opositores no haya jugado un rol determinante o, aunque menos sea, que hubiera ocupado un espacio político reactivo y condicionante de la protesta colectiva. Como dijimos al comienzo de este artículo, buena parte de las tinieblas sobre el fenómeno de los rompehuelgas radica en la carga emotiva que tiene el tema. A comienzos de la década de 1900, el famoso novelista Jack London plasmaba este aspecto de forma gráfica:

To strike at a man's food and shelter is to strike at his life; and in a society organized on a tooth-and-nail basis, such an act, performed though it may be under the guise of generosity, is none the less menacing and terrible.¹⁸

¿Cuáles eran entonces los factores estructurales y los móviles subjetivos que pulsaban por detrás de la acción de aquellos individuos representados bajo la figura de “traidores”? ¿Se trataba solamente de una lucha *hobbesiana* por la existencia, como insinúa el escritor norteamericano en la cita de más arriba? En última instancia, ¿quiénes eran, sociológicamente hablando, los “carneros”? ¿Cómo eran los contornos de su campo social y cuáles sus capitales en juego? ¿Qué forma asumían los vínculos con el llamado “hampa” y el aparato represivo estatal? Creemos que la Buenos Aires de la *belle époque* ofrece contradictoriamente una imagen muy nítida acerca del mundo del trabajo durante los años de ebullición capitalista en un país dependiente como era la Argentina “granero del mundo” alrededor del 1900 y *en avant*.

A comienzos del siglo XX, el puerto de Buenos Aires y los ferrocarriles constituían el núcleo de la economía nacional, es decir, se trataba de dos sectores productivos de carácter estratégico.¹⁹ Era muy común, entonces, que

Sexual Science, 1880-1960, ed. Veronika Fuechtner et al., (California: University of California Press, 2017).

¹⁸ Jack London, *War of the Classes*, (London: Mills and Boon Ltda., 1905), 79.

¹⁹ John T. Dunlop, *The Development of Labor Organization: A Theoretical Framework* (Indiana: Bobbs-Merrill, 1948). En relación con el planteo de “posición estratégica” —John Womack Jr., *Posición estratégica y fuerza obrera. Hacia una nueva historia de los movimientos obreros* (México DF: Siglo XXI, 2007)—, creemos que, en todo caso, es aplicable en aquellos sectores como los marítimos o los ferroviarios en la Argentina de principios del siglo XX, donde la paralización de

la época de la cosecha, el momento de mayor tráfico agroexportador, coincidiera también con la emergencia de reclamos obreros y de arduos conflictos laborales. En esta dirección, el fuerte arraigo del anarquismo entre los trabajadores portuarios concentraba la preocupación de las poderosas empresas navieras, quienes demandaban que el Estado pusiera un límite a la actividad sindical y política. Desde los orígenes del movimiento obrero argentino, por lo tanto, el puerto de Buenos Aires y los ferrocarriles funcionaron como un laboratorio de prueba para los primeros emprendimientos huelguísticos y, también, anti huelguísticos.

Los primeros antecedentes registrados sobre la actividad de rompeshuelgas en la historia nacional datan de finales del siglo XIX. En aquel momento, más precisamente a mediados de 1896, la “huelga grande” o “huelga monstruo” expresó la confluencia de un amplio conjunto de gremios que paralizaron sus tareas durante semanas, en lo que significó una primera virtual huelga general.²⁰ El puntapié inicial lo dieron los trabajadores ferroviarios y mecánicos, extendiéndose luego el conflicto a otros puntos del país. A lo largo de los meses de agosto y septiembre, distintos sectores como los metalúrgicos, zapateros, panaderos, sastres y hojalateros se lanzaron a la pelea. En septiembre del mismo año, cuando el movimiento se encontraba pronto a concluir, tuvo lugar la siguiente escena en los talleres ferroviarios de Sola, en el barrio proletario de Barracas, donde había comenzado la huelga:

...el martes al mediodía, diez minutos antes de las doce, el pito se hizo oír, denotando a las claras la falta de vapor; como el día anterior, muchísimos eran los obreros que habían acudido por curiosidad; los capataces, etc., estaban en el portón, esperando que alguno, cabizbajo, quisiera entrar, cuando por fin ven llegar a dos muchachos con cuatro... todo el mundo reía a mandíbula batiente, ¡es natural! ¿A quién se le ocurre?... Los muchachos habían tomado una oveja, un *carnera* y tres corderitos, y con ellos se habían sentado en los portones de entrada. Tal ocurrencia despertó la hilaridad de todos los presentes. Entonces un empleado hizo retirar a los muchachos, y estos dirigiéndose en alta voz a los demás, dijeron: ¡ya ven compañeros, ni a los carneros quieren darles trabajo!²¹

La figura del carnero, como sinónimo de rompeshuelgas, no era en absoluto casual y se repetiría a lo largo de décadas, como el arquetipo de aquel obrero que ha *traicionado* a sus compañeros, a *su clase*, yendo a trabajar en el marco

las actividades comprometía el principal flujo económico nacional del llamado “modelo agroexportador”. Womack aplica asimismo este concepto a las posiciones estratégicas dentro del proceso productivo; tal era el caso de ciertos oficios de la construcción, como los yeseros, los carpinteros y los albañiles.

²⁰ Lucas Poy, *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancias en Buenos Aires (1888-1896)* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2014), 166-182.

²¹ “Huelga monstruo”, *La Vanguardia*, 26/9/1896.

de un conflicto. El significado de la palabra se desplegaba en varios sentidos: por las implicancias de la carne y el comercio lanar en un país agroexportador como era la Argentina; por transfigurar humanos en animales; finalmente, por representar a “quienes se dejan esquilar” (como mansas ovejas). En ocasión de la “huelga grande” de 1896, la prensa socialista informaba sobre un capataz ferroviario que, buscando desbaratar el movimiento, se había dado a la tarea de reclutar “a cuanto individuo se hallara sin trabajo, y los enviaba a Sola”. No obstante, se afirmaba que, “caso raro, los que llegaban allí, permanecían pocas horas: pues por una puerta entraban y por la otra salían. Algunos que quedaron dentro del taller, recibieron su recompensa, es decir, después de una buena paliza de padre y señor mío fueron llevados presos por penderos”.²² En efecto, la violencia era infaltable en la conflictividad laboral, saliendo a relucir en aquellos momentos de mayor confrontación entre patrones y trabajadores o, en este caso, entre rompehuelgas y huelguistas. A su vez, la presencia de armas en los lugares de trabajo, portadas por los activistas gremiales (y no solo), era generalizada en la época y persistió durante las décadas subsiguientes, desde facones y cuchillos hasta revólveres y fusiles. Volveremos sobre este tópico más adelante.

En la misma huelga de 1896, ocurrió dentro de los talleres ferroviarios de la localidad bonaerense de Campana que, como la actitud de los huelguistas no había dado ningún motivo para la represión, los gerentes montaron una provocación, “invitando a toda la *carnerada* a una farra, festejando la derrota de la huelga”. De esta forma, en las inmediaciones del taller, “se entregaron jefes y pseudos obreros a toda clase de libaciones, no faltando algunos brindis por el triunfo de los patrones”. Por la noche, una detonación sorprendió al vecindario y, a la madrugada siguiente, un buen número de huelguistas fueron detenidos bajo la acusación de haber realizado un atentado “anarquista”.²³

Pasados 101 días de comenzada la “huelga monstruo”, aparecen más referencias sobre la presencia de rompehuelgas. Con un fuerte tono de heroísmo y carga emocional, podemos leer el siguiente relato:

Cerrado el portón, con rabia por aquellos empleados, toda aquella multitud se acercó a la vía esperando la llegada del tren de obreros, el cual no se hizo esperar; los trabajadores que venían eran de la misma calidad que los que habían entrado pocos momentos antes, a tal extremo que traían la misma marca de fábrica, eran pesquisantes, pero recibieron una soberbia recepción, pues aquellas tres mil personas imitando al balido de las ovejas empezaron ¡¡¡meee, meee, meee, meee!!!²⁴

²² “La huelga de los ferrocarrileros”, *La Vanguardia*, 31/10/1896.

²³ *Ibidem*.

²⁴ “La huelga de los ferrocarrileros”, *La Vanguardia*, 21/11/1896.

Interesa destacar aquí la presencia de “pesquisantes”, es decir, miembros del aparato represivo del Estado, o personas próximas a estos, cumpliendo la función de rompedores. No sería extraño que los uniformados reemplazaran a trabajadores de paro; de hecho, entre los principales sectores donde las fuerzas armadas actuaron sistemáticamente como crumiros podríamos mencionar los ferrocarriles, los tranvías y el puerto. Por otro lado, la cita también da cuenta de una abigarrada presencia popular, compuesta por los varones huelguistas, por mujeres, pero también por “chicuelos”, es decir, infancias y juventudes que tomaban parte en momentos de lucha social aguda. Más aún, en reiteradas oportunidades, el apoyo de una muchedumbre de contornos heterogéneos podía llegar a precipitar la suerte de un conflicto, definiéndolo favorablemente. En términos de McIvor, se trata de la solidaridad y el apoyo comunitario (*home front*), los cuales pueden llegar a ser determinantes en el caso de los oficios sin calificación.²⁵

Como dijimos al comienzo del apartado, el otro espacio en donde se ensayaron las primeras experiencias no espontáneas de romper huelgas fueron los puertos. Una mirada panorámica muestra el mundo del trabajo portuario como un escenario complejo en el que se entremezclaban labores más calificadas (como la construcción y reparación de navíos) con otras de menor nivel de calificación (como la estiba), involucrando a su vez distintas empresas, algunas de gran tamaño, así como varias organizaciones gremiales y subconjuntos de oficios. Según el sector laboral, las huelgas podían impactar en mayor o menor grado sobre el movimiento comercial nacional, y eso, a su vez, incidía sobre la necesidad de las empresas de promover medidas más permanentes contra la actividad huelguística.

Las primeras huelgas más relevantes en el puerto de Buenos Aires datan de fines del siglo XIX y, desde entonces, sobresale un rasgo común en la dinámica de la conflictividad sectorial: la tendencia combinada del empresariado y el Estado capitalista a asegurar las embarcaciones y garantizar el control físico del área geográfica. Una crónica periodística de la huelga del verano de 1895 señalaba que, por las calles del barrio orillero de La Boca, se veía “hormiguar” numerosos grupos de huelguistas que buscaban “someter por la fuerza” a quienes no deseaban secundarlos.²⁶ En el lado empresarial, las posturas tampoco eran homogéneas: algunas compañías trataron de negociar con los trabajadores mientras que otras, como la poderosa Mihanovich y el Centro de Navegación Transatlántica, se negaron de forma rotunda y respondieron, varios días más tarde, con un *lock-out*.²⁷

²⁵ McIvor, “Employers’ Organisation”: 17.

²⁶ *El Tiempo*, 3/1/1895, citado en Laura Caruso, *Embarcados. Los trabajadores marítimos y la vida a bordo: sindicato, empresas y Estado, Buenos Aires, 1889-1921* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2016), 97.

²⁷ “Huelga contra huelga”, *El Tiempo*, 9/1/1895.

Este nivel de intransigencia empresarial fue otro rasgo persistente a lo largo de décadas, delineando la relación obrero-patronal. Por esta misma razón, se erige una cierta fisonomía y un *modus operandi* que recubre y proyecta las diversas iniciativas que tienen como objetivo desarmar las protestas obreras, desorganizar las estructuras gremiales, reducir la convocatoria de los sindicatos o bien, en síntesis, recalibrar y reajustar las relaciones de fuerza entre la clase capitalista y la clase trabajadora. Finalmente, el conflicto marítimo en cuestión se cerró de modo desfavorable para los huelguistas, con la intervención represiva del Estado y la venida de trabajadores de los puertos de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes. Como lección hacia adelante, conquistar la solidaridad del resto de los trabajadores portuarios del país se convertiría en un eje central del repertorio de medidas de lucha.²⁸

Otra huelga significativa para nuestro análisis tuvo lugar en el puerto de Buenos Aires, en el verano de 1901. Llamemos la atención del siguiente hecho: para evitar que ocurrieran incidentes o enfrentamientos con trabajadores no adheridos, rompeshuelgas o agentes patronales, el presidente de la sociedad de resistencia de marineros “les secuestró las armas que llevaban” a los individuos encargados de vigilar las embarcaciones paradas. Según se afirmaba, las armas serían devueltas recién cuando terminara la huelga. Ese mismo verano, en los puertos de Rosario y Buenos Aires los estibadores en huelga fueron reemplazados por trabajadores reclutados por los Círculos de Obreros católicos.²⁹ En ese contexto, empezaron los trabajos de algunos miembros de los Círculos de Obreros católicos, nucleados desde abril de 1902 en la Liga Democrática Cristiana, para armar un núcleo propio en el puerto de Buenos Aires.³⁰ Así, cuando entre agosto y septiembre de 1903 asomaron indicios de descontento obrero con la hegemonía anarquista al frente de la sociedad de resistencia de los estibadores, un grupo de obreros argentinos se organizó para pedir la prioridad de contratación para

²⁸ Caruso, *Embarcados*, 98.

²⁹ Marotta, *El movimiento sindical*, 160.

³⁰ Los Círculos de Obreros se fundaron en Buenos Aires en 1892, siguiendo los lineamientos de la encíclica de León XIII, *Rerum Novarum*. Esta asociación, dirigida a intervenir en el mundo del trabajo en confrontación con los programas y organizaciones de la izquierda política, contaba hacia 1901 con una presencia significativa en el ámbito nacional. Existe una abundante bibliografía al respecto, entre otros: Sabrina Asquini, *El catolicismo social en el mundo de los trabajadores: la experiencia de los Círculos de Obreros (Buenos Aires, 1890-1922)* (Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, 2022); María Pía Martín, *Los católicos y la cuestión obrera. Entre Rosario y Buenos Aires (1892-1919)* (Buenos Aires: Ediciones CEHTI/Imago Mundi, 2020); Miranda Lida, “La caja Pandora del catolicismo social: una historia inacabada”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 13 (2018): 13-31.

trabajadores nativos, al parecer por iniciativa de los empleadores y con el auspicio de la prefectura marítima.³¹

La Sociedad Argentina de Obreros del Puerto, tal como se llamaba el sindicato dirigido por los católicos, no logró tener una incidencia duradera. Según el periódico de la Federación Obrera Argentina (FOA), la organización adventicia constaba de tres ex socios del gremio portuario, argentinos de origen, quienes habían distribuido entre los obreros una petición dirigida al prefecto marítimo en la cual solicitaban se diera preferencia en el trabajo a los argentinos. No obstante, según se aclaraba, “los argentinos conscientes” habían rechazado el pedido con indignación, entendiendo que se trataba de una acción de carácter electoralista, ideada por el prefecto marítimo.³² La propaganda anti extranjera, de todas maneras, continuó durante años, constituyendo un signo de tensión adicional dentro de una ciudad cosmopolita como pocas en el mundo; en este sentido, no fueron pocos los conflictos entre trabajadores extranjeros y argentinos hacia el interior de las embarcaciones.

Cuatro años después, en enero de 1905, el diario ácrata *La Protesta* explicaba el asesinato de Francisco Noceda –un socio de la Sociedad Argentina–, por las “perversas hostilidades que miembros de la sociedad argentina, de filiación católica” realizaban sobre el colectivo obrero. Es decir, se definía como “perverso” al rol de los círculos católicos entre los trabajadores, “aguzando todo lo que es posible el odio hacia el extranjero”.³³ El artículo añadía que la propaganda clerical “incitaba a los trabajadores a la repulsión hacia sus compañeros, especialmente a los extranjeros”.³⁴

Según la misma fuente, aunque la Sociedad Argentina había acordado con los patrones la ocupación de sus afiliados, el sindicato paralelo habría ido perdiendo terreno “debido a la activa propaganda hecha por los obreros del puerto”.³⁵ Por otra parte, el mismo periódico indicaba que el favor oficial de contratar únicamente miembros de la Sociedad Argentina ocasionó protestas también entre los capitalistas, quienes habrían resultado perjudicados

...a causa de la incapacidad e inutilidad de los nuevos elementos traídos al puerto, cuyos individuos recolectados la mayoría en el barrio de las ranas y

³¹ Véase Sabrina Asquini, “Demócratas cristianos y socialistas: organización gremial y descanso dominical entre los empleados de comercio de la ciudad de Buenos Aires (1902-1905)”, *Trabajo y sociedad*, 32 (2019): 387-411.

³² “La cuestión estibadores. Génesis del conflicto”, *La Organización Obrera*, octubre 1903.

³³ “Los traidores”, *La Protesta*, 18/1/1905.

³⁴ *Ibidem*. Como una curiosidad, a pesar de todas estas denuncias, los estatutos de la Sociedad Argentina de Obreros del Puerto no distinguían nacionalidad entre sus miembros.

³⁵ “Más sobre lo del puerto”, *La Organización Obrera*, 25/4/1905.

quema de las basuras, unidos a ex milicos borrachones consuetudinarios y vigilantes dados de baja por inservibles, de todo hacían menos trabajar y de todo tenían menos el hábito del trabajo, y mucho menos podían recibir el nombre de trabajadores.³⁶

De esta manera describía la prensa de la FOA libertaria a aquellos trabajadores integrantes de la Sociedad Argentina, explicando de igual modo la renuencia de los contratistas a mantener los acuerdos con esta. Pocos años más tarde se podían leer frases similares en el periódico de los carreros: “[se trata de] todo el malevaje de las más bajas esferas sociales y son ladrones conocidos, criminales, atorrantes, canfileros (sic); hombres criados en el vicio que no tienen ni vergüenza ni dignidad”.³⁷ En general, había coincidencia en señalar que se trataba de sujetos sin experiencia laboral u oficio, que no tomaban con seriedad el empleo.³⁸

Más allá de los contornos exagerados de esta clase de publicaciones, los artículos traslucían una concepción moral sobre el lugar social que ocupaban los rompehuelgas reclutados por sindicatos adventicios. Sobre los obreros de la Sociedad Argentina, la prensa socialista indicaba algo similar a lo expresado más arriba: “no eran muy hábiles para las faenas del puerto”.³⁹ La afirmación no era en absoluto casual y se ligaba con la pregunta de investigación acerca de si era más sencillo o factible reemplazar trabajadores sin calificación y, de ser así, si quienes lo hacían (los rompehuelgas) podían hacerlo con la misma destreza y/o grado de productividad.

Como ha demostrado McIvor a partir de distintos casos británicos a fines del siglo XIX, en los docks portuarios por ejemplo, aunque en apariencia la labor no requería preparación o instrucción, los obreros adventicios parecen haber tenido poca eficacia. Respecto a esto, podemos citar la posición asumida por el Departamento Nacional del Trabajo en la huelga del puerto de Buenos Aires iniciada en diciembre de 1911. En el informe publicado en el boletín institucional, uno de los funcionarios afirmaba que los trabajadores que habían concurrido a reemplazar a los huelguistas habían sido pocos y “malos”.⁴⁰ Sobre estos trabajadores, se decía que

Sin el hábito de los rudos trabajos que se practicaba en los muelles, dársenas y diques, faltos en gran mayoría —por degeneración de la raza— del vigor

³⁶ “De los obreros del Puerto, siempre luchando”, *La Organización Obrera*, mayo 1904.

³⁷ “Sociedad de Obreros trabajadores libres o sea sociedad patronal”, *El Látigo del Carrero*, abril 1909.

³⁸ En la misma línea, es posible dudar de la efectividad de las acciones promovidas por la Liga Patriótica en la huelga de la cigarrería Piccardo. “El conflicto en lo de Piccardo y Cía.”, *Tribuna Proletaria*, 1/11/1919.

³⁹ “Blusas y sotanas”, *La Vanguardia*, 23/1/1904.

⁴⁰ *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo* (19), 1911, 853.

necesario para el esfuerzo que se les exigía, los elementos, en su casi totalidad *semitas*, que se reclutaba para hacer desaparecer los efectos de la huelga, no llenaron nunca su cometido.⁴¹

Con plena consciencia “aunque sin confesarlo jamás”, continuaba el informe, las empresas más afectadas habían intentado provocar defecciones entre los huelguistas. Al no conseguirlo, aseguraba el redactor, los centros empresariales habían responsabilizado a los gobiernos nacional y provincial por no haber podido garantizar adecuadamente la llamada “libertad de trabajo”. Sin embargo, se afirmaba también que la policía no había escatimado medidas para proteger a los rompehuelgas. Para ello, decía, se había llegado a prohibir el paso por las dársenas de todo obrero sospechoso de pertenecer al grupo huelguista. Con todo, las patronales se mostraron insatisfechas y reclamaron una acción más enérgica por parte del Estado. Finalmente, interesa resaltar que, por “semitas”, el informe se refería a las importantes oleadas migratorias de origen ruso y centro-europeo que, a partir de 1905, comenzaron a poblar la ciudad de Buenos Aires, alcanzando a representar al poco tiempo el 5% del total de la población local. Por su desconocimiento del idioma (en general hablaban idish o ruso), “los rusos” constituían un sector propenso a ser cooptado para desarticular las huelgas y reiniciar las actividades.

En el caso de los trabajadores calificados, fueran oficiales muebleros o imprenteros, su reemplazo podía llegar a ser posible en la medida en que primara un alto nivel de organización gerencial, en determinadas coyunturas del mercado laboral y de debilidad en la estructuración sindical, entre los factores más relevantes. En otras palabras, la “inmunidad” de los trabajadores calificados no estaba tampoco garantizada.

El otro gran laboratorio de ensayo anti huelguístico, como vimos más arriba, fueron los ferrocarriles. Conectando los territorios más alejados con el puerto bonaerense y su salida al océano Atlántico, el sistema ferroviario de Argentina era dirigido por empresas privadas de capitales ingleses y, en menor medida, franceses, con la total anuencia y el beneplácito de la elite oligárquica. Durante el mes de enero de 1912, se produjo una importante huelga de maquinistas ferrocarrileros en rechazo a una nueva reglamentación promovida a escala nacional. Aunque se trataba de una huelga convocada por maquinistas y foguistas de todo el país, el sector encontró dificultades para sumar al conjunto de los trabajadores ferroviarios debido –en parte– al descontento que existía con los maquinistas de La Fraternidad por su falta de solidaridad en medidas de lucha anteriores.⁴² A este factor se sumó el

⁴¹ Ibidem. El subrayado es nuestro.

⁴² Laura Badaloni, *Ferrovianos del Central Argentino. La conformación de un colectivo de trabajadores (1902-1933)* (Buenos Aires: Imago Mundi/Ediciones CEHTI, 2022), 300-302.

hecho de que el gobierno había derogado el requisito de idoneidad reglamentario para conducir los trenes, lo cual simplificó la contratación de nuevos trabajadores sin la necesaria preparación ni calificación. La revista ilustrada *Caras y Caretas* ironizaba esta situación, relatando que “los limpiadores Ibáñez, Núñez, Noya Mármol y otro cuyo nombre no sabemos” habían partido hacia Buenos Aires desde la vecina capital de Uruguay, Montevideo, con el objetivo de romper la huelga ferroviaria. Y añadía que el capataz Juan Madrega había sido enviado a la capital uruguaya “para reclutar carneros. En los últimos días deben haber partido para esta capital otros cinco foguistas rompe-huelgas”.⁴³ En cierta forma, la anécdota ilustraba un aspecto clave de las estrategias patronales a la hora de quebrar un conflicto obrero como podía ser la contratación o promoción interna de trabajadores con menor o ninguna calificación. Como veremos en el caso de la industria maderera, esta dinámica anti huelguística replicaba, en no pocas ocasiones, en que los crumiros se lastimaban o, cuanto menos, que el proceso productivo no lograba reanudarse o desenvolverse con igual pericia. En el sector ferroviario en especial, fue bastante común el reemplazo de huelguistas por parte de las tropas del ejército regular.

Haciendo una síntesis de lo dicho hasta aquí, podemos afirmar que los conflictos antes descriptos ejemplificaban los primeros intentos de organización obrera aunque, también, las iniciativas desde el lado de los capitalistas para contrarrestar la actividad sindical y quebrar las huelgas. Hacia 1905, en el marco de un ciclo de agitación laboral y conflictividad social inédito en el país, las tentativas empresariales cristalizaron en una organización de carácter más duradero: la Sociedad o Unión Protectora del Trabajo Libre. Sobre ella, la historiografía solo se ha referido de forma episódica y general. Sus orígenes datan de finales del año 1904, por iniciativa del Centro de Navegación, a la cual se coligaron los empresarios exportadores, los agentes marítimos, de los ferrocarriles y frigoríficos así como también algunos dueños de fábricas y talleres del área portuaria, como el empresario aserrador, constructor e importador, John Wright.⁴⁴ El objetivo principal de la asociación patronal era garantizar la llamada “libertad de trabajo”, la cual consideraban amenazada por los sindicatos liderados por anarquistas y socialistas. Conviene señalar que la idea de “libertad de trabajo” apareció tempranamente en *La Prensa*, en 1888, a propósito de una huelga de albañiles.⁴⁵ En realidad, cabría afirmar que se buscaba generar las condiciones para que un sector de los trabajadores no se adhiriera a las huelgas y pudiera entonces garantizar la actividad durante los conflictos. Sobre esta primera asociación patronal, se ha detectado una continuidad de acciones concretas

⁴³ “Reclutando carneros”, *La Protesta*, 22/1/1912.

⁴⁴ Rapalo, *Patrones y obreros*, 38-42. Sobre la empresa Wright, véase Koppmann, *La madera de la clase obrera argentina*, 68.

⁴⁵ Marotta, *El movimiento sindical*, 78.

más allá de mayo de 1909, cuando tuvieron lugar los acontecimientos de la “semana roja”.⁴⁶

Un segundo momento de organización patronal se ubicó en el final de la segunda década del siglo XX, cuando el Estado argentino estaba al mando del primer presidente de la Unión Cívica Radical, Hipólito Yrigoyen, de cuyo gobierno la clase oligárquica desconfiaba.⁴⁷ En 1918, en el marco del ascenso huelguístico de la clase obrera más importante que hubiera conocido la Argentina hasta ese momento, se fundó la Asociación Nacional del Trabajo, bajo el impulso de los principales empresarios del país y de miembros conspicuos de las clases dominantes.

A partir del desarrollo urbano de la ciudad de Buenos Aires como una fuerza productiva a gran escala, se generó una demanda constante de insumos, la cual, en combinación con la crisis económica mundial de 1890, creó las condiciones para un despegue incipiente de la industria local.⁴⁸ Algunos observadores contemporáneos señalaban como muestras de este progreso las nuevas fábricas y talleres que venían multiplicándose ya desde el año 1887.⁴⁹ En sincronía, también despuntaba el primer movimiento huelguístico organizado. En las grandes industrias concentradas, fue frecuente la contratación de distintas comunidades étnicas de trabajadores varones y mujeres, a quienes se les asignaban tareas específicas y jerarquías diferenciadas dentro de las fábricas.⁵⁰ Esta práctica, destinada a reducir los costos productivos, traía también consecuencias en la articulación de las

⁴⁶ “Repercusiones de la huelga”, *La Nación*, 7/5/1909. Sobre la “semana roja” en Argentina, véase Julio Frydenberg y Miguel Ruffo, *La semana roja de 1909* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1992). Al final de la década siguiente, su estructura fue absorbida por la Asociación del Trabajo. Ver Rapalo, *Patrones y obreros*, 14.

⁴⁷ De cualquier manera, la historiografía ha demostrado hace tiempo cómo, en la práctica, la oligarquía seguía controlando los resortes esenciales del aparato de Estado y la economía nacional. En su versión más clásica, véase David Rock, *El radicalismo argentino, 1890-1930* (Buenos Aires: Amorrortu, 1977).

⁴⁸ Fernando Rocchi, *Chimneys in the Desert. Industrialization in Argentina during the Export Boom Years, 1870-1930* (Stanford: Stanford University Press, 2006); Claudio Belini, *Historia de la industria en la Argentina. De la independencia a la crisis de 2001* (Buenos Aires: Planeta, 2017); Juan Manuel Palacio, “La antesala de lo peor: la economía argentina entre 1914 y 1930”, en *Nueva Historia Argentina VI. Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, comp. Ricardo Falcón, (Buenos Aires: Sudamericana, 2000), 101-150.

⁴⁹ Véase el informe que prologa el *Censo general de la población, edificación, comercio e industrias de la ciudad de Buenos Aires levantado en los días 17 de agosto, 15 y 30 de septiembre de 1887* (Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1889).

⁵⁰ En la industria de la carne, véase Mirta Z. Lobato, *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera (Berisso, 1904-1970)* (Buenos Aires: Prometeo, 2001).

solidaridades y en la organización gremial. La estrategia de parcializar el colectivo de trabajadores se puede apreciar con claridad, también, en otros sectores de la incipiente producción industrial.

Ya tempranamente, en 1902, los obreros fundidores mantuvieron una extensa huelga que fue particularmente prolongada en la empresa metalúrgica de Pedro Vasena.⁵¹ Los trabajadores denunciaban a una cantidad de obreros que traicionaron la lucha del conjunto. Lo llamativo de esta denuncia es que incluía nombres y apellidos de algunos trabajadores y se destacaba la participación de uno que ya lo había hecho en 1896. Se hablaba de él como “el primer *carnero*”, lo cual sugiere que la oposición a una huelga no significaba necesariamente una vía segura de ascenso social. Con el correr de los años esta empresa se alió a capitales ingleses y llegó a convertirse en una de las principales metalúrgicas del subcontinente. La actitud intransigente de la empresa ante los reclamos obreros fue un rasgo perenne en estos establecimientos: los hechos ocurridos en la huelga iniciada en diciembre de 1918 dan cuenta de ello.⁵²

Hacia 1900, la industria maderera representaba un sector productivo relevante para el desarrollo urbano porteño, cumpliendo funciones clave en la vida económica. Allí se empleaba una fracción obrera con alta calificación de oficio, sumado a una larga trayectoria organizativa y a una sólida homogeneidad del colectivo de trabajadores, que se construyó de forma recíproca con la actividad de las corrientes políticas de izquierda. Estos factores, entre otros, generaron que los patrones madereros buscaran formas más creativas a la hora de reemplazar a los huelguistas. Un rasgo distintivo fue el empleo de los “rusos” como rompehuelgas, es decir, obreros recientemente migrados del imperio zarista, en general hablantes de idish y/o ruso.⁵³ Otro recurso muy común era el establecimiento de nuevos talleres en manos de ex obreros (empleado-patrón), es decir, la descentralización de la producción. En la mueblería Thompson, hacia 1922, la gerencia puso en pie (nuevamente) los “centuriones de trabajo”, una suerte de cuerpo especial de obreros rompehuelgas.⁵⁴ En talleres de dueños italianos como Rizza o Giudice, los crumiros fueron provistos por la Liga Patriótica.⁵⁵ Asimismo, no fue infrecuente que el empresariado se aprovechara del enfrentamiento entre

⁵¹ “Movimiento Obrero. Capital”, *La Organización Obrera*, julio 1902.

⁵² Sobre esta huelga se puede ver Diego Ceruso, *La izquierda en la fábrica. La militancia obrera industrial en el lugar de Trabajo, 1916-1943* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2015), Horacio R. Silva, *Días rojos verano negro: enero de 1919, la semana trágica de Buenos Aires* (Buenos Aires: Terramar, 2011), entre otros.

⁵³ Sobre los rusos, véase Koppmann, *La madera de la clase obrera argentina*, 126-144.

⁵⁴ “Talleres en conflicto”, *El Obrero Ebanista*, núm. 111, febrero 1922.

⁵⁵ “Informe de Secretaría”, *El Obrero Ebanista*, núm. 110, diciembre 1921.

facciones sindicales, como sucedía entre anarquistas y sindicalistas revolucionarios.

En el caso de los frigoríficos, la fisonomía del sector se caracterizaba fundamentalmente por una alta concentración del personal (aunque dividido en sectores por etnia, género, edades, etc.), una mecanización elevada del proceso de trabajo y por la propiedad por parte de empresas extranjeras, principalmente estadounidenses e inglesas. Resulta interesante que, a las preocupaciones de las gerencias porque no se detuviera la producción, se agregaba la sospecha de que los conflictos del sector estaban dirigidos a favorecer los intereses alemanes durante la Primera Guerra Mundial. Durante la huelga de 1917, las patronales recurrieron al reclutamiento de personal adventicio, originando cierta fricción con el gobierno radical.⁵⁶ Al parecer, trabajadores vinculados con los Círculos de Obreros se habían empleado en los frigoríficos “La Negra” y “La Blanca”. En el diario católico *El Pueblo* se reconocía esta colaboración: “[s]e han solicitado obreros a esa agencia [de colocaciones]. En ella se les explica la situación y se les dice adónde han de ir: a luchar contra sanguijuelas opresores de los obreros. Los que quieren van”. La nota también indicaba que quienes querían trabajar no podían hacerlo porque “los tiránicos agitadores se lo impiden” y, finalmente, advertía que, en la oposición a aquellos “caudillos exaltados”, se jugaba la vida de esos obreros adventicios.

El gremio de los empleados de comercio era bastante diferente. En las grandes urbes como Buenos Aires, Rosario o Córdoba se trataba de un sector numeroso aunque fragmentado en pequeños negocios, muchos de los cuales tenían talleres anexos de producción, donde imperaban condiciones insalubres. A comienzos del siglo XX, se inauguraron las grandes tiendas como Gath & Chaves o Harrods, donde se empleaba un amplio flujo de trabajadores varones y mujeres. En general, la contratación de fuerza de trabajo femenina, juvenil e infantil fue una tendencia persistente en el sector. Respecto a su organización sindical, los dependientes de comercio tuvieron distintos agrupamientos desde fines del siglo XIX, con mayor y menor importancia. Sin embargo, el punto de partida de una organización gremial más sólida se ubica en 1919, en el marco de una huelga masiva que se prolongó durante semanas. Organizar el sector de comercio era complejo: a causa de la dispersión de los lugares de trabajo, no resultaba nada sencillo asegurar el cierre de los locales. Por eso, una medida usual a comienzos de

⁵⁶ Roberto Tarditi, *La formación de la clase obrera: Alcances y límites en la organización sindical de los obreros de frigorífico durante la presidencia de Yrigoyen Las huelgas de 1917-1918 en Avellaneda* (Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, 2008), 253-297.

siglo era congregarse en las puertas de los locales y exigir el cese de la actividad al grito de “que cierren, que cierren”.⁵⁷

En diciembre de 1904, la Unión Dependientes de Comercio de Rosario protagonizó una protesta que fue respondida con una represión desmedida, cobrándose varios muertos, entre ellos un niño, y dejando otros tantos heridos. Como se puede apreciar en la Imagen 1, uno de los locales fue intervenido por la organización sindical con inscripciones y carteles. Allí pueden verse los nombres de dos trabajadores señalados como “carneros” o “miserables” y el llamado a los trabajadores conscientes a “escupirles en el rostro”.⁵⁸



Imagen 1. Fuente: *Caras y Caretas*, núm. 322, 3/12/1904.

En síntesis, la capacidad de organización y lucha de los trabajadores frente al fenómeno de los rompehuelgas estaba condicionado por distintos factores que operaban de forma combinada: a) el hecho de tratarse de sectores estratégicos dentro de la economía nacional, como portuarios o ferroviarios; b) el grado de concentración o dispersión de capital, fuerza de trabajo y de los sitios laborales; c) el nivel de composición orgánica de capital, el origen de los capitalistas y las destrezas requeridas en el proceso de trabajo u oficio; d) la disponibilidad de un ejército de reserva, muchas veces por fuera del área geográfica en conflicto, así como su necesario nivel de calificación. A continuación, nos enfocaremos en la fisonomía de quienes activaban “a contracorriente” de la clase trabajadora organizada.

Rompehuelgas, un modelo para armar

⁵⁷ Sabrina Asquini, “Demócratas cristianos y socialistas”, 401.

⁵⁸ *Caras y Caretas*, núm. 322, 3/12/1904.

Hasta aquí hemos analizado diferentes episodios de la lucha de clases, desde el prisma de diferentes sectores productivos y en distintas temporalidades y coyunturas. Ahora bien, ¿qué significaba ser *rompehuelgas* en los colectivos de obreros organizados en Buenos Aires y las principales urbes argentinas a comienzos del siglo XX? De la lectura de diversos periódicos obreros surge una figura compleja y con contornos poco definidos. De un modo general, se consideraba a los rompehuelgas como traidores de la clase a la que pertenecían. Eran vistos, por otra parte, como seres con poca voluntad, débiles de carácter, manipulados y corrompidos por patronos y empresarios, aunque esto pudiera ser contradictorio con la figura del traidor previamente señalada. Desde los periódicos obreros se buscaba construir una imagen deshumanizada y antipática, etiquetada como “escoria” o “inmundicia”, siendo frecuente también que se los emparentara con animales. En esta región, la asociación más común era o con las ovejas (por su obediencia, falta de reacción y fácil control) o con los perros, relacionados con la fidelidad a quien los alimenta.

Existieron también otros tipos de traidores, por ejemplo, quienes brindaban información sobre la organización sindical a fuentes o agentes policiales o patronales, considerados como soplones, buchones o chusmas. Tanto la figura del traidor como la del rompehuelgas se delineaban en contraposición a la del trabajador honesto, sincero, abnegado y fuerte en sus convicciones, que apostaba por la lucha colectiva y participaba de las sociedades de resistencia. Así, mientras se erigía al obrero organizado como un hombre fuerte, honrado y decidido, que enfrentaba la explotación capitalista y aspiraba a contribuir con la emancipación de la clase trabajadora al conjunto de la sociedad, aquellos que rompían las huelgas eran definidos como individuos débiles, incapaces, sometidos, sin dignidad, que aceptaban, respetaban y hasta veneraban a sus propios verdugos. Si de un lado se exaltaba el altruismo y el compañerismo, del otro se resaltaba el egoísmo y el desinterés por el sentir y penar de los otros, sus propios compañeros de clase.

Ciertamente, la línea entre ser víctimas o victimarios era lábil, aunque la balanza se inclinara siempre hacia lo segundo –“también sois víctimas, aunque en menor escala”–.⁵⁹ Como una deriva de esta caracterización ambigua, surgía una tensión constante entre, de un lado, aquellas medidas que buscaban convencer a los trabajadores reacios a la protesta colectiva y, del otro, su enfrentamiento y castigo mediante métodos violentos. En definitiva, los rompehuelgas no dejaban de ser individuos que podían definir el futuro de una lucha y, por lo tanto, había que (re)conquistarlos a la causa común o frenarlos, del modo que fuera.

⁵⁹ “Analicemos” (sic), *La Organización Obrera*, junio 1906.



Imagen 2. Fuente: *Caras y Caretas*, núm. 277, 23/1/1904.

La explicación paciente a los trabajadores que tenían dudas o reticencias de algún tipo para adherirse a las medidas fue desarrollada por las militancias anarquista, socialista, sindicalista revolucionaria y, más adelante, comunista. Las dirigencias de las sociedades de resistencia también tuvieron que enfrentarse con trabajadores reclutados en otras regiones —del país o del mundo—, con distintas lenguas y necesidades. Por ejemplo, en el puerto de Buenos Aires, durante el verano de 1904, la estrategia patronal consistió en ocupar trabajadores provenientes de la región litoral. Según informaba la prensa, unos cincuenta trabajadores de la provincia de Corrientes fueron trasladados a Buenos Aires para trabajar durante la huelga de los estibadores. No obstante, poco después habrían sido despedidos por haber realizado las tareas “con poco acierto”.⁶⁰ Entonces, la Sociedad Obreros del Puerto los tomó bajo su protección, considerándolos como “compañeros en desgracia”. La revista consideró esta actitud como un acto inteligente y humanitario que generó una corriente de franca simpatía entre quienes habían sido “enemigos” hasta el día anterior.⁶¹ En la Imagen 2, algunos de estos trabajadores están sonriendo frente a la cámara, se visualiza una guitarra, un mate, una damajuana de vino y alguna que otra torta frita. El cuadro compuesto es el de un momento de esparcimiento, de sociabilización entre compañeros, con cierto tono festivo, además, presente en toda huelga. Este episodio da cuenta de cómo el proceso de formación y desarrollo de la clase obrera y de su conciencia como tal han sido fenómenos dinámicos y cambiantes, determinados por las condiciones más generales, pero también abiertos a la intervención concreta de los distintos actores. “No saben pero lo hacen”.⁶²

⁶⁰ *Caras y Caretas*, núm. 277, 23/1/1904.

⁶¹ *Ibidem*.

⁶² Karl Marx, *El Capital*, tomo I, (Buenos Aires: Siglo XXI, 2008).

En la mayoría de los casos, los romp huelgas eran considerados como obstáculos o barreras para la emancipación social o para alcanzar determinada conquista. La sospecha que caía sobre estos, su naturaleza humana y hasta su masculinidad, también podía deslizarse sobre su descendencia. Por todo esto, el rechazo por parte de la comunidad obrera acababa incluyendo al conjunto de la familia del (o la) romp huelgas. A su vez, a los romp huelgas varones se les negaba aquello que representaba lo masculino entre los obreros organizados, comentándose su falta de virilidad y considerándose los castrados.⁶³ Según versaba la poesía citada al comienzo de este trabajo, ¿qué mujer podría cobijar a estos individuos en su pecho y brindarle sus besos?⁶⁴

En esta dirección, corresponde avanzar sobre el siguiente interrogante: ¿qué tipo de masculinidad obrera –entendida como modos de ser y actuar de los varones de la clase trabajadora– construían organizaciones sindicales y políticas de la época?⁶⁵ En más de un caso, especialmente entre los obreros con mayor calificación, se trataba de un varón con saberes y habilidades específicas, que debía ser proveedor, garante y protector del bienestar del hogar, de su mujer y sus hijos. En aquellos trabajos de mayor exigencia física

⁶³ En un poema a propósito del accionar de la Sociedad Protectora del Trabajo Libre en el puerto, se refería a los “carneros” con la expresión “los castrados”. “Los chusmas”, por otra parte, eran probablemente buchones o soplones, informantes “sin dignidad” para las empresas y la policía. Ambos grupos compartían su inscripción en el “foco de la inmundicia”. El texto está fechado el 3/4/1906 en Rosario (Santa Fe, Argentina). “Analicemos” (sic), *La Organización Obrera*, junio 1906.

⁶⁴ Hemos citado ya el poema la militante socialista Sara Justa Meyer escrito en 1906 durante la huelga de la Fábrica General de Fósforos.

⁶⁵ La construcción de valores propios de una masculinidad obrera en diversos gremios, en oposición no solo a la feminidad sino también a la masculinidad que podía identificar a los varones de las clases dominantes ha sido abordada por diversos estudios. Álvaro Del Águila Lacoste, “El que no se la banca, mejor que se dedique a otra cosa: riesgo, masculinidad y clase social entre trabajadores paraguayos en la industria de la construcción del Área Metropolitana de Buenos Aires”, *Revista Runa*, 36 (2015): 51-72; Hernán Palermo, *La producción de la masculinidad en el trabajo petrolero* (Buenos Aires: Biblos, 2017); Silvana Palermo, “Masculinidad, conflictos y solidaridades en el mundo del trabajo ferroviario en Argentina (1912-1917)”, *Mundos do Trabalho*, 2 (2009): 94-123; Ludmila Scheinkman, “¿Dónde están los machos? Sindicalización anarquista, masculina y femenina, en la industria del dulce (Buenos Aires, 1920-1929)”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 7 (2015): 15-35; Florencia D’Uva, “Masculinidades obreras en los ferrocarriles: fuerza física, riesgos y responsabilidad profesional en la Argentina de principios del siglo XX”, *Estudios del ISHiR*, 25 (2019): 1-22; Walter L. Koppmann, “Masculinidades y subjetivización política en el movimiento obrero argentino a comienzos del siglo XX”, *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 111 (2021): 85-106.

solía destacarse la fuerza, la rudeza y la resistencia que eran necesarias para realizar las labores cotidianas. Todas estas cualidades eran trasladadas al ámbito sindical y político donde la responsabilidad, sacrificio y la protección eran destacados. Desde las organizaciones gremiales, se resaltaba el buen comportamiento, compañerismo, cierta ejemplaridad en sus actos dentro y fuera de los lugares de trabajo, el cumplimiento del deber laboral y el saber propio de cada oficio, así como su disposición a la actividad sindical. Se sumaban a esto el coraje y la valentía como atributos propios de la masculinidad. La mayor parte de estas cualidades que delineaban un deber ser del buen obrero eran negadas a los detractores de la organización obrera.

La construcción de una moral obrera que cimentara los lazos de solidaridad intraclase involucraba al conjunto de la familia obrera, condicionando formas de ser y actuar tanto de los hombres como de las mujeres y niños.⁶⁶ Así, en momentos de confrontación social, la presión comunitaria podía ser un instrumento poderoso para que algunos desistieran de seguir trabajando durante un conflicto. La vergüenza de formar parte de “los traidores” podía forzar que las esposas y familias se involucraran en el conflicto y jugaran un rol clave en desarmar la estrategia patronal. Por ejemplo, la huelga ferroviaria de 1917, especialmente estudiada desde el punto de vista de la participación femenina, da cuenta de cómo las esposas mediaban en la decisión de sus compañeros de asistir al trabajo.⁶⁷ En la Imagen 3, sobre la huelga en Rosario, *Caras y Caretas* mostraba a un grupo de mujeres que llevaban a otras dos a donde se encontraban sus maridos trabajando “a fin de que les inciten a plegarse a la huelga”.⁶⁸ La participación femenina e infanto-juvenil tomando parte dentro la dinámica huelguística aparece representada con mucha frecuencia en las fuentes obreras como especialmente aguerrida. En general, se destacaba su presencia de forma anónima aunque, casi siempre, ubicando sus figuras en la primera línea de enfrentamiento con la policía y los rompehuelgas.

⁶⁶ Andrea Andújar, Laura Caruso y Agustín Nieto, “Las comunidades obreras en debate. Procesos de formación, organización e intersecciones entre clase, género y territorialidad en el Cono Sur durante el siglo XX”, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, 17 (2020): 3-8.

⁶⁷ Silvana Palermo “¿Trabajo masculino, protesta femenina? La participación de la mujer en la gran huelga ferroviaria de 1917”, en *Historia de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*, comps. Ma. Celia Bravo, Fernanda Gil Lozano y Valeria Pita, (Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 2007); Badaloni, *Ferrovianos del Central Argentino*.

⁶⁸ *Caras y Caretas*, núm. 985, 18/8/1917.



Imagen 3. Fuente: *Caras y Caretas*, núm. 985, 18/8/1917.

La exposición de los nombres de rompehuelgas y la desaprobación pública de la comunidad obrera fue otra estrategia sindical recurrente. Agustín Nieto brinda un ejemplo acerca de un panfleto que circuló durante una huelga de estibadores en los puertos de Necochea y Quequén, en el que se denunciaba a 600 individuos que habían traicionado la medida. El texto sentenciaba: “servirá de precedente y mal ejemplo para sus propios hijos que vivirán humillados y avergonzados, ante tan bochornoso acto de traición que sus padres cometieran con sus hermanos de clase y estarán arrepentidos de haber venido al mundo para llevar el apellido” y cerraba señalando que dichos traidores merecían “que se les escupa en el rostro como verdadero Judas que son”.⁶⁹ Sobre esto mismo, Juan Marinello Bonnefoy nos brinda un caso extremo, ocurrido durante la huelga general de 1910 dentro de la localidad de Sabadell, en las proximidades de Barcelona. Una niña de catorce años decidió suicidarse, luego de haber sido obligada por su familia a trabajar “como esquirola”. Según afirma el autor, la joven prefirió la muerte a tener que enfrentarse con la “deshonra” que implicaba dicha acción.⁷⁰

Con esta construcción deshumanizada de quienes eran considerados carneros, crumiros o rompehuelgas, se excluía prácticamente su poder de agencia. Más bien se los percibía como un subproducto de la patronal, sin voluntad propia; meros instrumentos serviles. De cualquier manera, podríamos afirmar que emergía cierta tensión al concederles o no algún margen de autonomía o decisión propia. Ciertamente, no es tarea sencilla hallar en las fuentes obreras referencias a los motivos personales, políticos e

⁶⁹ Nieto, “Rompehuelgas: sus lugares”, 28.

⁷⁰ Marinello Bonnefoy, “Traidores...”, 192.

ideológicos que pudieran explicar que estos sujetos no se adhirieran a la medida de protesta, y a esto nos referiremos en el apartado siguiente.

Del mismo modo que ocurrió en la región catalana, el desarrollo capitalista en Argentina no conformó automáticamente a proletarios y burgueses en dos sujetos sociales compactos que se reconocían mutuamente a razón de sus intereses contrapuestos. Inversamente, el conflicto de clases entre capital y trabajo produjo hondas fracturas al interior de ambos bandos, por lo que estos fueron también escenarios de disputa. En el caso de Barcelona, el recurso del esquirolaje por parte del empresariado local no se sustentaba exclusivamente en el ejército de reserva sino en el elevado porcentaje de obreros que se negaban a secundar las huelgas. Una pregunta que se abre aquí, por lo tanto, es qué tamaño tuvo en Argentina aquel sector de la clase trabajadora contrario a la acción reivindicativa de los sindicatos y en qué medida era alcanzado por los discursos nacionalistas, paternalistas, de armonía de clases y anti izquierdistas, difundidos por actores empresariales, políticos y religiosos.

A su vez, el perfeccionamiento de las estrategias patronales para enfrentar al movimiento sindical incluyó la disposición de informantes o espías en los lugares de trabajo. Durante la huelga gráfica de 1919, gran parte de la planta laboral de Kraft estaba concurriendo al trabajo aunque la situación era inestable. Estaban en circulación varios manifiestos “incitando a la huelga” por lo que la empresa tomó la decisión de contratar “una brigada de polizontes, de los que hay uno en cada sección, y a los que les ha asignado un jornal de \$10 por día. Esta brigada tiene por misión única averiguar de dónde vienen los manifiestos y quien los introduce”.⁷¹ Otro ejemplo, en 1926, en la Droguería Americana introdujeron un “pesquisa” para detectar una célula comunista.⁷² La figura del agente secreto, usada también para identificar ladrones viajeros y otros delincuentes similares, se volvió cotidiana en los círculos sindicales. Como ha señalado Iaacov Oved, en febrero de 1899 se supo de un intento de introducción de agentes de policía en los grupos anarquistas para que cumplieran tareas de delatores y provocadores.⁷³

Por último, corresponde señalar que la participación de las fuerzas de seguridad en las huelgas fue, en muchos casos, crucial. No solo se debe tener en cuenta la acción represiva o de custodia de trabajadores que continuaban

⁷¹ “Obreros Gráficos”, *Tribuna Proletaria*, 26/11/1919.

⁷² Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920- 1935* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007).

⁷³ Iaacov Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2013). Sobre estas acciones se puede ver también Albornoz y Galeano, “Anarquistas y policía”, 101-134.

con sus tareas sino también su disposición para hacer funcionar trenes y puertos en temporadas habituales de cosecha. Por ejemplo:

...recuérdese, no hace muchos años, los diversos movimientos ferroviarios, en que se vio a los foguistas de la armada dirigir los trenes de compañías inglesas; el movimiento de los trabajadores del frigorífico argentino de Valentín Alsina, donde los hombres uniformados desempeñaron el triste papel de crumiros y asesinos de los trabajadores.⁷⁴

En la piel de un rompehuelgas: ¿por qué?

Si dejamos de lado los momentos de alto desempleo coyuntural en los que, además, las huelgas mermaban significativamente, la carencia y el hambre explican de forma insuficiente el fenómeno de aquellos trabajadores que se empleaban durante las protestas obreras. Debido a la dificultad para encontrar la voz de los propios implicados, no resulta sencillo averiguar exactamente qué motivaba a uno o varios trabajadores a enfrentar –en el transcurso de una huelga, un boicot u otro tipo de medida de lucha– a la sociedad de resistencia y a su entorno más próximo. En este apartado nos proponemos delimitar el terreno sobre las posibles motivaciones que pudieran haber emergido, cubriendo una amplia gama de expresiones que iban desde las presiones sistemáticas por parte de gerentes, capataces y empresas hasta el hambre, es decir, la lucha por la supervivencia en el sentido más llano de la expresión. Entre ambos extremos se desplegaron diferentes situaciones donde se entremezclan motivaciones heterogéneas, vinculadas con la búsqueda de ascenso social, las prácticas culturales arraigadas y/o ciertas posiciones políticas, ideológicas y religiosas.

A fines de 1902, se produjo en Argentina la primera huelga general de carácter nacional, generando una fuerte respuesta represiva por parte del gobierno de Julio A. Roca, quien a su vez sancionó la Ley de Residencia con el fin de deportar a los “migrantes indeseables”, principalmente anarquistas. Sobre este mar de fondo, el periódico socialista *La Vanguardia* publicó dos extensos artículos que debatían el problema de la organización y las medidas de lucha a adoptar. Frente a las posturas de los libertarios, ampliamente difundidas en el movimiento obrero local, la militancia socialista sostenía que las últimas derrotas del proletariado se debían a la concepción ácrata sobre las sociedades de resistencia, para quienes se tratarían de ámbitos donde ejercitar la gimnasia revolucionaria a través de las huelgas, previas al “motín o la revuelta”.⁷⁵ Para los socialistas, entonces, los “fracasos y desaciertos no hacían más que retrasar la conquista de mejores condiciones de vida”.

⁷⁴ “Militarismo”, *El Obrero Ebanista*, núm. 86, marzo 1919.

⁷⁵ “Sociedades de resistencia I”, *La Vanguardia*, 20/12/1902.

Siguiendo este razonamiento sobre la falta de preparación de los movimientos de lucha, el articulista se preguntaba cómo se les podía recriminar a los obreros que no abandonaran el trabajo durante una huelga si acaso no existía una sociedad organizada, si no se les había dicho nada sobre sus derechos y sus deberes, si no se les había demostrado con antelación el “por qué traicionar a sus compañeros era traicionar sus propios intereses”. En sus propias palabras:

¿Acaso el convencimiento de sacrificar el salario de una semana, dos, tres o un mes de paro, como acto de solidaridad para con sus compañeros de trabajo, penetra en el cerebro de un obrero inconsciente al simple anuncio de declarar la huelga? ¿Es justo acusarle de traidor? ¿Qué compromiso moral se le ha exigido para que lo respete?

Planteado en estos términos, para los socialistas, la convocatoria a participar de la lucha, arriesgando el salario de varias jornadas, funcionaba en la práctica como una imposición de la minoría anarquista hacia la mayoría trabajadora del gremio. Se argumentaba que, al no mediar una labor educativa, la exigencia de solidaridad se hacía desde una máxima moral sostenida, en última instancia, mediante la violencia.⁷⁶ Este tipo de análisis, que formaba parte del intercambio usual dentro del universo de las izquierdas, no impedía que la prensa socialista denunciara, por ejemplo, a un grupo de “infelices carneros, comprados por los señores Vasena”, quienes “carecían de toda dignidad” al haber estado cobrando durante meses la asistencia pecuniaria de la Federación de Obreros Fundidores. En definitiva, los socialistas conservaban una postura más moderada y tolerante con aquellos que no se adherían a los movimientos de protesta, identificándolos en muchos casos con emigrados recién llegados, de condición analfabeta. De forma paradójica, al focalizarse en los trabajadores “conscientes” o en los empresarios, las fuentes socialistas obnubilan una serie de dimensiones que hacían a la agencia individual, las posiciones y las costumbres de los rompehuelgas.

Hacia 1906, a propósito de un artículo aparecido en *La Unión Obrera*, el periódico de la Unión General de Trabajadores (UGT), un obrero ebanista comentaba que durante las huelgas

...siempre hay individuos que no quieren saber nada del movimiento; muchas veces por ignorancia, otras porque no están de acuerdo con la mayoría; y sin embargo si a esos carneros los dejamos trabajar, teniéndoles compasión

⁷⁶ “Y aquí interviene el aforismo anarquista: por la fuerza, bajo la presión de la amenaza, empleando el terror. Guerra sin cuartel al ¡carnero! al ¡traidor! se fomentan odios, se agujonan rencores y no se pone en práctica otro argumento de persuasión que el palo, o el puño”.

porque son alcoholistas, degenerados, víctimas del mismo ambiente, [...] iríamos siempre a un fracaso...⁷⁷

Este activista discutía con esa posición “compasiva” que parece haber sido el tono general de la central obrera, al menos en sus primeros años, y, aunque el comentario del ebanista apuntaba a otro problema, dejaba ver una realidad que en las fuentes obreras era poco habitual: había trabajadores que simplemente no estaban de acuerdo con la acción de la mayoría.⁷⁸

A su vez, algunos casos individuales, como el de los obreros ebanistas Nicolás Maglia y Martín Cutillo o el del constructor de carruajes Luis Roselli, nos invitan a pensar en estas figuras como actores activos y conscientes, ya que no sería posible tomarlos como víctimas de la manipulación patronal. Estos trabajadores que habían participado de los orígenes de la organización sindical en sus respectivos sectores, para el final de la década de 1900 actuaban enfrentados a la sociedad gremial.⁷⁹ Por ejemplo, Maglia había sido tesorero de la Sociedad de Ebanistas a comienzos del siglo XX y delegado en el congreso fundacional de la Federación Obrera Argentina (FOA) en 1901.⁸⁰ Unos pocos años más tarde, fue expulsado de la sociedad por no adherirse a un conflicto ocurrido en la casa Verga Hnos. Tiempo más tarde, en otro taller, mientras todos sus compañeros se retiraron del taller respondiendo a una resolución sindical, Maglia no solo habría permanecido en sus labores sino que, incluso, se habría encargado de conseguir trabajadores para que reemplazaran a los huelguistas. Según dice el relato del periódico *La Unión Obrera*, Maglia debía salir del taller bajo vigilancia policial, acompañado del patrón y algunos individuos más.

Este ebanista, como otros, había renunciado a la organización colectiva para posicionarse individualmente frente al patrón, probablemente previendo convertirse él mismo en tallerista, algo posible en el sector, dadas las características estructurales de la rama del mueble y las formas de trabajo semi-artesanales vigentes. Esta posibilidad real de ascenso social, aunque no estaba exenta de riesgos, sirve para explicar que tantos otros trabajadores del sector que desoyeran los acuerdos y recomendaciones gremiales concurriendo a los talleres “las horas que han querido, nunca menos de doce,

⁷⁷ “Los obreros y los pesquiza (sic)”, *El Obrero Ebanista*, abril y mayo, 1906.

⁷⁸ Solía ser frecuente que la corriente política que dirigía un movimiento denunciara de traición a otra más moderada o poco comprometida con el desarrollo del conflicto. Esto fue usual entre anarquistas y socialistas, primero, sindicalistas revolucionarios, socialistas y anarquistas, luego, o entre anarquistas, *sindicalistas* y comunistas, más adelante.

⁷⁹ Koppmann, *La madera de la clase obrera argentina*, 201–202.

⁸⁰ “Movimiento Obrero. Capital. Ebanistas”, *La Unión Obrera*, febrero 1909.

trabajan a destajo, no quieren ser socios de nuestra sociedad” y, a pesar de haber sido “invitados varias veces a una reunión”, nunca habían concurrido.⁸¹

En definitiva, los obreros calificados tenían mejores posibilidades para negociar las condiciones de explotación de su fuerza de trabajo, lo cual habilitaba un espacio para el surgimiento de iniciativas autónomas al colectivo sindical organizado. Un ejemplo de esto lo encontramos en el gremio gráfico, durante el largo conflicto sostenido en 1919. A varios meses de iniciada la huelga, un grupo de operarios que continuaba trabajando en la casa Kraft publicó un manifiesto dirigido a sus compañeros de taller:

*...se nos engaña miserablemente. No se tiene en cuenta a situación en que nos hemos colocado frente al gremio, no se reconoce que si nos solidarizáramos con los huelguistas la casa se encontraría en un gran apuro; que nuestro trabajo es más indispensable que nunca. En recompensa, además de hacernos trabajar más de lo que trabaja la mayoría del gremio, se nos trata brutalmente y no se nos paga ni los sueldos que tendríamos derecho a ganar, y hasta se pretende que trabajemos horas extraordinarias sin remunerarlas como tales. [...] y nosotros no queremos proseguir en esta forma vergonzosa, pues estaríamos mucho mejor trabajando en alguna casa que aceptó las nuevas condiciones de trabajo.*⁸²

Como se puede ver el texto habla de pésimas condiciones de trabajo, de maltratos y de falta de reconocimiento de su importancia para el establecimiento (“nuestro trabajo es más indispensable que nunca”) así como de la falta de reconocimiento por la delicada situación en la que se habían colocado frente al sindicato. Interesa notar que no se consideraba deshonrosa la falta de participación sino la “forma injuriosa, indigna, inicua” con que se retribuía el esfuerzo realizado. El signo del manifiesto pareciera, en última instancia, un ultimátum a la empresa y la gerencia.⁸³ Por otra parte, vislumbraba las estrategias que usaban algunos trabajadores para mejorar su situación a la vez que la falta de disposición patronal para favorecer este tipo de acciones. La posición intransigente de las empresas, repetida en diversas ramas, era fomentada desde los organismos patronales en lo que María Ester Rapalo sintetizó como la “ofensiva patronal”.⁸⁴

Entre los trabajadores menos calificados, eran otras las decisiones y las estrategias que podían usarse para mejorar o aliviar su situación dentro de los establecimientos industriales. En su clásico libro sobre la comunidad proletaria de los frigoríficos bonaerenses, Mirta Lobato señalaba que, en un marco de alto control y persecución sindical, muchos trabajadores de origen árabe, provenientes del Líbano y Siria, “ofrecían dinero a los capataces para

⁸¹ “El día social”, *El Obrero Ebanista*, febrero 1906.

⁸² “Obreros Gráficos”, *Tribuna Proletaria*, 1/11/1919. El subrayado es nuestro.

⁸³ “Obreros Gráficos”, *Tribuna Proletaria*, 26/11/1919.

⁸⁴ Rapalo, *Patrones y obreros*.

mejorar su situación". Es decir, frente a la necesidad de protección, se convertían en clientes de quienes estuvieran en condiciones de brindarlas. A cambio, no solo ofrecían fidelidad sino también algunos regalos, que reforzaban los lazos entre protectores y protegidos. Según la autora, esta práctica era una herramienta utilizada en su tierra natal y formaba parte de su experiencia personal, familiar e histórica en la aldea de origen.⁸⁵

A su vez, las empresas aceptaban de diversas maneras los vínculos verticales entre patronos y obreros. Una muy común era la contratación de migrantes que compartieran la procedencia de los empleadores. Refiriéndose al mundo laboral de a bordo, Laura Caruso señaló que la Sociedad Austrohúngara de Socorros Mutuos cumplió un rol central en la política antisindical de la empresa naviera Mihanovich, combinando mejoras materiales, una sociabilidad común y la identificación nacional. Como es dable imaginar, la contratación preferencial de trabajadores surelavos generó conflictos al interior del colectivo sindicalizado, que veía a los recién llegados como una amenaza.⁸⁶ De forma general, la identificación con agentes religiosos y políticos así como las ideas nacionalistas (incluso xenófobas) tuvieron un peso importante en la decisión de algunos trabajadores sobre si adherirse a una protesta colectiva.

En el otro extremo de las posibilidades, la adhesión a una sociedad organizada y financiada por las patronales, como la Unión Protectora del Trabajo Libre, podía significar, desde el punto de vista de un trabajador adventicio, la posibilidad de conseguir un puesto fijo o ingreso regular y, quizás, estable. En el verano de 1908, los cuarenta y dos elevadores de la empresa Louis Dreyfus, quienes habían iniciado una huelga para incrementar sus jornales, fueron reemplazados directamente por trabajadores aportados por la sociedad patronal.⁸⁷ No obstante, aun con el favor de la compañía, e incluso muchas veces con la colaboración o protección policial, la tarea de reemplazar huelguistas no era sencilla y requería de cierta convicción o carácter. Un reconocimiento en este sentido lo hizo la propia Unión Protectora del Trabajo Libre, en un informe donde reseñaba su actuación en la huelga del puerto de La Plata, iniciada en octubre de 1907. Tras el rechazo completo de la población y los comerciantes de la localidad, los más de trescientos rompehuelgas habían tenido que alojarse en vagones cedidos "espontáneamente" por la gerencia del Ferrocarril del Oeste.⁸⁸ Por último, conviene desterrar también la idea de que se trataba de sujetos "sumisos" con las autoridades. Según se denunciaba en el periódico anarquista *Tribuna Proletaria*, los trabajadores adventicios destruían material, tomaban "por

⁸⁵ Lobato, *La vida en la fábrica*, 147.

⁸⁶ Caruso, *Embarcados*, 80.

⁸⁷ *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, (6) 1908, 384.

⁸⁸ *Ibidem*, 383.

la farra a los jefecillos y capataces” y se divertían poniendo explosivos en los cigarrillos.⁸⁹

En algunas situaciones, como ocurrió en la empresa Molinos Harineros y Elevadores de Granos Río de la Plata, la patronal parece haber tenido pocas posibilidades de darle lugar a los reclamos de sectores que buscaban confrontar con las sociedades de resistencia. Así, cuando la Federación Obrera Molineros y Elevadores de Granos del Río de la Plata –conformada en agosto de 1918, a partir de la iniciativa de algunos trabajadores con la Confederación Profesional Argentina, de filiación social-católica– entró en conflicto abierto con la sociedad de resistencia en abril de 1919, la empresa no tuvo demasiado margen para responder a sus reclamos en tanto la sociedad de resistencia tenía una altísima adhesión de los trabajadores de la empresa.⁹⁰ Según el relato hecho por el presidente de dicha federación, la mayoría de los trabajadores que él representaba habían ingresado a la empresa a partir de la convocatoria que ésta había hecho durante la huelga de 1917. Las condiciones que se habían prometido a los ingresantes eran seguridad y estabilidad, aún después de concluido el conflicto. Sin embargo, una vez que terminó la huelga, los trabajadores que habían participado de ella fueron readmitidos y la situación en el lugar de trabajo se hizo extremadamente compleja y conflictiva. Los nuevos trabajadores denunciaban que la gerencia de la empresa no actuaba con equidad en los conflictos y terminaba beneficiando a los que eran representados por la sociedad de resistencia de tendencia anarquista.⁹¹

En síntesis, creemos que la desocupación, las carencias y el hambre no explican acabadamente el fenómeno de los rompehuelgas. Por supuesto que existieron situaciones familiares o personales dramáticas y momentos de mayor demanda de empleo. Sin embargo, tempranamente las organizaciones sindicales encontraron instrumentos para garantizar el desarrollo de conflictos de forma prolongada, con fondos de huelga y comedores comunitarios. Aquí nos interesó observar las influencias y presiones por parte de las empresas y de otros agentes que confrontaron con los sindicatos, ya sea aprovechando prejuicios existentes entre los trabajadores, ya sea incorporando personas inexpertas al espacio laboral, ya fuera como resultado de motivos o estrategias personales, trazadas por los propios individuos rompehuelgas. Dado que no fue posible dar con la voz directa de rompehuelgas, soplones y demás trabajadores englobados en la figura del traidor, trazamos los contornos y aspectos más sobresalientes de estas experiencias. Las diferencias de calificación laboral y la posibilidad de

⁸⁹ “El conflicto en lo de Piccardo y Cía, Lida.”, *Tribuna proletaria*, 1/11/1919.

⁹⁰ Asquini, *El catolicismo social*, 311 y ss.

⁹¹ Series históricas II, Movimiento Obrero, caja 31, 1919, Ministerio del Interior, Argentina.

controlar la oferta de trabajadores resultaron un elemento central en el análisis. En ciertos casos, existió la posibilidad de que un grupo de obreros –agrupados en una sociedad o no– negociara condiciones por fuera del sindicato mayoritario. No obstante, parece evidente que las patronales no estaban dispuestas a ceder tan fácilmente.

Conclusiones

Cuando comenzamos este trabajo, pensamos que el artículo debía intitularse “El lado oscuro del movimiento obrero argentino”, lo cual servía para dar cuenta de dos aspectos importantes. En primer lugar, la oscuridad como parte de todo lo que rodeaba a los sujetos rompehuelgas (y como *parti pris* del análisis). Abandonados por las patronales, denostados por sus compañeros de clase, fueron también poco menos que olvidados y/o dejados de lado por quienes hicieron las principales memorias de la organización del movimiento obrero, en las cuales se destacaban, en cambio, los elementos de unión y solidaridad. De modo general, podemos afirmar que la escritura de la historia se refiere tanto a la construcción de la memoria de una clase como también a sus olvidos y omisiones.⁹² En segundo lugar, la oscuridad a la que hacemos referencia se liga con la intervención de elementos ajenos a la clase, deslizados por la policía, las patronales, los agentes políticos o religiosos y el Estado capitalista. En pocas palabras, movimientos, acciones y sentidos a los cuales es difícil acceder para realizar una investigación como la propuesta.

El título del artículo también podría haber sido “El lado B del movimiento obrero argentino”. Sin embargo, concluimos que esto equivalía a excluir a estos sujetos con respecto a la acción de la clase trabajadora y, por lo tanto, a equipararlos e identificarlos directamente con la clase dominante. A lo largo del escrito, estudiamos una gama heterogénea de situaciones, en la que aparecieron trabajadores con mayor y menor grado de autonomía relativa, detentando diferentes posiciones políticas e ideológicas, rencores personales preexistentes y estrategias de supervivencia y de ascenso social. En otros casos, las fuentes nos invitan a pensar que quizás se trataba de sujetos alejados del mundo laboral y, por este mismo motivo, distantes de ciertos valores morales que empezaban a sedimentarse en la clase trabajadora argentina. Además, muchos de estos trabajadores arrastraban sus propias

⁹² Como señaló hace algunas décadas el filósofo francés Paul Ricoeur, la historia es heredera de un problema que se plantea en cierto modo debajo o detrás de ella, en el plano de la memoria y el olvido; sus propias dificultades para representar y explicar se suman, entonces, a las inherentes a la experiencia mnemónica. Paul Ricoeur, “Definición de la memoria desde el punto de vista filosófico”, en *Academia Universal de las Culturas. ¿Por qué recordar?* (Barcelona: Ediciones Granica, 2002).

experiencias y trayectorias, poniendo en juego nociones autónomas frente a las crisis recurrentes de trabajo y las protestas sociales. En este marco se insertaban las estrategias patronales y de otros agentes, que daban preferencia a la contratación más barata, por ejemplo, de individuos o colectivos migrantes recién llegados o mujeres, ancianos e infancias en situaciones límite. Es probable, por otro lado, que no pocos rompehuelgas cumplieran su función condicionados por las promesas (muchas veces, incumplidas) de capataces y gerentes.

Parece claro que, al principio, las formas organizadas de boicotear o hacer fracasar una medida de lucha fueron más informales, poco competentes, de carácter inexperto e imprecisas. En esta etapa, a su vez, cobraban mayor visibilidad medidas de “carnereaje” de carácter espontáneo. Desde comienzos del siglo XX, la agudización de la conflictividad laboral en las principales ciudades-puerto dio como resultado el perfeccionamiento de las estrategias de represión y anti huelguísticas, especialmente en estos espacios nodales para la economía agroexportadora y en aquellos sitios laborales donde se empleaba fuerza de trabajo calificada. Así, las principales empresas navieras, ferroviarias e industriales dieron forma a sociedades específicas para buscar garantizar la oferta de operarios. En paralelo, se mejoraron sustancialmente el espionaje y la infiltración de soplones e informantes, en el contexto de una profesionalización creciente del aparato represivo estatal.

Desde la perspectiva del movimiento obrero, emergió una comprensión temprana acerca de que los rompehuelgas podían determinar el éxito o el fracaso de un conflicto. En su seno convivieron posturas contradictorias. De un lado, aquellas posiciones más tolerantes o comprensivas, de visos paternalistas, que apuntaban a la necesidad de profundizar el trabajo de propaganda y educación; del otro, las posiciones más duras, que buscaban confrontar a los rompehuelgas apelando a la fuerza, la violencia o formas de presión social como la burla, los escraches, la deshonra, la denigración, etc. En una mirada panorámica, se apeló a la construcción dicotómica de representaciones generizadas, oponiendo virilidad versus castración, valentía-cobardía, en fin, la conciencia y la irreverencia del obrero varón frente a la mansedumbre y el seguidismo propios de una bestia. Al mismo tiempo, la reflexión nos obliga a preguntarnos (si bien carecemos aún de una respuesta concreta) qué sucedía cuando quien traicionaba una lucha era una mujer.

Los recursos movilizados por los huelguistas para enfrentar el trabajo adventicio fueron variados: la propaganda; las comunicaciones con organizaciones sindicales fuera de la ciudad o del país para evitar la llegada de contingentes externos; la organización de fondos de lucha, comedores y otras formas de solidaridad; por último pero no menor, la siempre presente violencia, ya fuera verbal, física, etc. Asimismo, muchas de estas estrategias

involucraban a las familias trabajadoras y a la comunidad societal circundante. En más de una oportunidad, fue esta presión social “externa” a los sitios productivos la que desalentaba a los obreros traidores. Naturalmente, también sucedía lo inverso y muchas familias presionaban a sus padres, madres y hermanos para que volvieran al trabajo.

Son muchos aún los interrogantes que podríamos hacernos sobre el fenómeno de los rompehuelgas, no solo sobre sus dimensiones cuantitativas, espaciales y temporales sino, además, respecto a sus vínculos con el aparato represivo estatal, las organizaciones patronales, la iglesia católica, entre otros actores relevantes. Es ese espacio oscuro, a veces llamado “hampa”, el que podría ofrecer varias pistas significativas. En la misma dirección y planteada como una tarea a realizar, un análisis más focalizado sobre conflictos específicos, como los habidos en el puerto de Buenos Aires en 1910, en los ferrocarriles en 1917, en la fábrica de Vasena en 1918-1919 o en la huelga general de la construcción de 1936, podría iluminar de forma más directa ciertas características, móviles y sentidos sobre la acción de los rompehuelgas de forma más concisa. De igual manera, por los límites de este artículo, quedaron de lado las fuentes patronales, tan importantes para relevar la actividad de las llamadas “agencias de colocación”, cuyos fines estaban asociados a contrarrestar la acción sindical. Esperamos que este trabajo anime otros, que permitan conocer mejor los pliegues de un mundo del trabajo extremadamente complejo, dinámico y en plena transformación.

Title: The Dark Side of the Argentine Labor Movement. Towards a Social History of Strikebreakers (Buenos Aires, early 20th Century)

Abstract: This article examines the section of the working class that not only remained aside from the struggles of the labour movement, but also actively challenged them. Strikebreakers' social composition was not consistent, and their action was shaped by different kinds of motivations: ideological, political, economic, religious, moral, or a combination of them. The field of intervention of the so-called "*crumiraje*" was not exempt from pressures by employers and other social actors. Against this background, spontaneous forms coexisted with more organized structures, especially when agro-export companies' activities were affected. Despite the importance of strikebreaking, their analysis has been practically absent in Argentine historiography. Therefore, the aim of this paper is to draw a picture of the strikebreakers' phenomenon as well as to propose some clues for further research.

Keywords: labour movement, strikebreakers, workers, Argentina.

Título: O lado oculto do movimento operário argentino. Chaves para uma história social dos fura-greves (Buenos Aires, início do século XX)

Resumo: Neste artigo interrogamo-nos sobre um sector específico do coletivo dos trabalhadores: aquele que não só ficou fora das lutas do movimento operário argentino como também os confrontou. A composição dos fura-greves não foi homogênea e a sua ação respondeu a diferentes motivações: ideológicas, políticas, económicas, religiosas, morais, ou uma mistura de todas elas. O campo de intervenção da chamada "*crumiraje*" não estava isento de pressões dos empregadores ou outros atores sociais; dentro dele, formas mais ou menos autónomas coexistiram com estruturas mais organizadas, especialmente quando as atividades de agro exportação foram afetadas. Apesar da importância das ações anti greve, a historiografia até agora não as tem tratado de forma praticamente inexistente. Assim, propõe-se traçar um quadro geral e propor uma série de pontos para a frente.

Palavras-chave: fura-greves, movimento operário, trabalhadores, Argentina.